



Querido señor

Picasso

Por Frederick Baldwin

*...ant a ...
... je suis un jou
... sais que vous ét
... ma voiture et
... vous me receviez
... en plus longue
... semblerais biestop a
... m'auto-rises, à p
... photosgraphier con
... l'espoir que j'*

Picasso



Dear Monsieur Picasso

Al conducir por el alto y curvado camino hacia la Villa Californie, repasé lo sucedido en los últimos días. Este era mi último verano en libertad. El año entrante, si todo salía bien, sería un graduado en busca de trabajo y tratando de sentar cabeza. Tendría que conformarme con solamente leer sobre la gente y las partes del mundo que me interesaban. En el verano de 1955, esta sentencia se posponía, y las responsabilidades de la vida adulta esperarían hasta 1956.

Quería ver a Pablo Picasso. Seguramente habría otros mejor acreditados o con algún mejor pretexto para verle que yo mismo. Pero para mi, él era el compañero imaginario que guiaba todos mis sueños creativos, además del cielo azul de la Riviera, el ardiente sol y el vigor sexual. Siempre había admirado a Pablo Picasso, quien era un rebelde, impredecible, un artista en constante evolución. Pablo Picasso y Diego Rivera fueron probablemente los primeros artistas de los que tuve conocimiento, aún cuando Rivera no tuviera la misma presencia física que Picasso. Pero sobre todo, mi héroe representaba la libertad que nada tenía que ver con las tediosas tareas de oficina que me aguardaban. Esta era mi auto-otorgada y temporal licencia para irrumpir en la vida de Picasso.

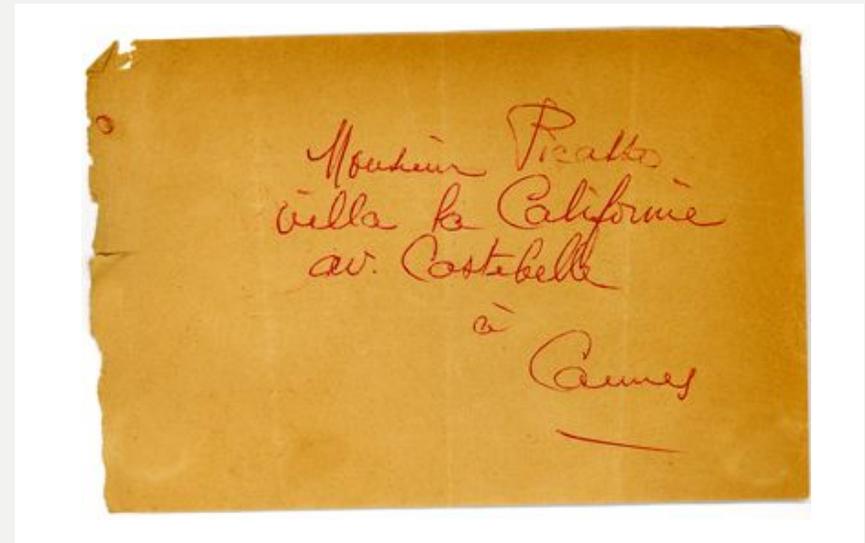
Llegué a Le Havre un mes antes, y estuve un tiempo en París, donde visité la exposición La Comedia Humana de Picasso en Le Petit Palais. Esto me dio la loca idea de irle a ver. Compré un destartalado auto Hillman Minx, aunque no tenía idea de que haría si llegaba a ver a Picasso, tenía que intentarlo, así que fui en su busca...

Estaba hambriento de aventuras y abrumado por la duda. ¿Sería mi Picasso imaginario igual al verdadero? ¿Por qué tendría él que soportar la desatinada peregrinación de gente como yo, que estaba convencida de que no podría vivir otro día sin irle a visitar? Tenía que superar a la cordura y alimentar mi coraje al máximo para ir hasta Vellauris, donde escuché que vivía. Cerca de Vellauris, vi anuncios de tiendas de cerámica y exhibiciones. Uno de los anuncios señalaba el Museo Picasso. Pensé que por lo menos estaba en el camino correcto.

Llegué al bullicioso Vellauris hacia el mediodía, por todas partes había autobuses turísticos y los acalorados choferes se refugiaban, abanicándose en cualquier resquicio con sombra que pudieran encontrar. Los turistas eran trajinados por las estrechas callejuelas de una tienda de cerámica a otra. Los autobuses hacían imposible el conducir por las calles, pero por fin pude estacionarme y entré a uno de los museos de cerámica. Agradecido por el lugar de estacionamiento, compré un ticket y entré.

La gran diferencia entre el museo y las tiendas, era que la entrada al museo costaba 100 francos por poder ver lo que tenían a la venta, mientras en las tiendas esto era gratis. Muchas muchachas lindas, enfundadas en shorts y ajustados suéteres o escotadas blusas, calzando sandalias andaban por todas partes, atentas y serviciales en lo todo lo referente a la cerámica. Una de estas bellezas vendía perfume. Me roció y preguntó en inglés "¿Le gusta?". Podía hacer esto en cuatro idiomas. Usaba un disco de cerámica a modo de collar, que también estaba a la venta. Le dije que nunca había oído un museo así, y me dijo como llegar al Museo Picasso.

El Museo Picasso tenía platos, cazuelas y vasijas decoradas con motivos de animales y peces, todos hechos por Picasso. El número de asistentes sin embargo no se comparaba a los del otro museo y además, nada estaba a la venta. Hablé con la directora, una mujer de mediana edad, quien me dijo que no sabía si podría ver o no a Picasso, mencionó



Dirección de Picasso

que la gente siempre estaba importunando al maestro, que después de todo, ella no era su esposa. Picasso era un hombre muy ocupado y que ella no tenía manera de saber estas cosas. Tras diez minutos de insistir en mi pobre francés y un constante sonreír, obtuve la dirección de Picasso, quien ya no vivía en Villauris, sino en Cannes. Estaba profundamente agradecido y tras recibir otra andanada de "Je ne suis Madame Picasso", me retiré rápidamente. Metí la preciada dirección en mi billetera en el lugar de honor, junto a mi último billete de diez dólares, y partí hacia Cannes para seguirle la pista a mi héroe.

En Cannes, me detuve en muchas ocasiones, preguntando por la villa de Picasso, sentí que me convertía en una nueva persona. El mágico papel con el nombre PICASSO, garabateado en letras rojas arriba de la dirección, me otorgaba un nuevo status. A veces me miraban con sorpresa, con respeto, pero siempre con amabilidad. Cada pregunta me me motivaba y me acercaba más, hasta que ya no tuve que preguntar. Había llegado.

La Villa Californie está situada en las lomas que rodean a Cannes. Grandes árboles circundaban a la gran mansión de blanca piedra caliza con elaborados balcones de hierro y altos ventanales. El camino grava de la entrada que llevaba al garaje a la izquierda, estaba ocupado por la familiar mole de un coche de viaje Hispano-Suiza. Este grandioso auto hecho a mano, construido con tecnología europea de la pre-guerra, era el trabajo de miles de horas de intrincado trabajo artesanal. Era un Faberge de tamaño pequeño, escalado a proporción de Zeppelin, que reconocí por haber visto fotos de Picasso a bordo de él.

A la derecha, estaba la puerta frontal con una pequeña campana colgada de un resorte de metal. Mi corazón latía apresuradamente mientras el pequeño badajo iba de lado a lado. Momentos después, una anciana vino a la puerta y le pregunté si se encontraba Monsieur Picasso. Respondió que llegaría tarde por la noche y que no vería a nadie. Pregunté si lo haría al día siguiente y dijo no saberlo. "Regresaré a las nueve de la mañana". Ella dijo que podía intentarlo.

Esperé ansiosamente las siguientes veinte horas, caminando por todo Cannes y conduciendo lo menos posible para ahorrar combustible, ya que todavía podía llegar a la frontera con Italia, donde podría utilizar mis cupones de combustible. Después de un día de viaje, podría llegar a American Express en Florencia, donde me esperaba un dinero. Por la noche, busqué un sitio donde refrescarme. Encontré un camino desierto cerca de Palm Beach y fui a nadar. El mar tuvo un maravilloso efecto después de un largo y confuso día. Estaba muy acalorado y en solo un minuto me hallaba flotando, refrescado. Los eventos vividos no tenían relación alguna uno con otro. El pesado día quedó atrás, la larga caminata, la Villa Californie, el museo, las chicas, la directora del Museo Picasso, el camino a Villauris, todo se disolvió a momentos suaves mientras me deslizaba entre las frescas olas. La noche anterior parecía haber

sucedido hacía una semana, y mientras chapoteaba en el agua, degustaba los momentos mas intensos del día.

No pasó mucho tiempo antes que regresara a la playa. Me sequé y compré algo de comida: una gran hogaza de pan, un queso Port-Salut y un trozo de chocolate que rocié con unos tragos de vino tinto. Después del festín, pasé una agradable noche durmiendo en el auto.

Dormir en un Hillman-Minx requiere de mucha paciencia y compromiso. Recliné el asiento delantero derecho y me recosté en el asiento trasero formando una "L", descansando parcialmente en una máquina de escribir portátil y una lata de cinco galones de combustible, dando apenas cabida a mis casi 1.90 metros de estatura en el pequeño auto inglés.

Las moscas y el sol me despertaron a las seis de la mañana, pero la bolsa de ropa sucia bajo mi cabeza, me proporcionó una horas más de sueño. Ordené un café y unos bollos en un lugarcito en la bahía. Me lavé la cara y los dientes en el baño, pero no me afeité, por que mi cara estaba demasiado quemada por el sol como para rasurarme con agua fría. Compré una postal para enviarla a mi madre: "Querida Madre, hoy veré a Picasso", pero la rompí por que no podía enfrentar el tener que escribir sobre mi fracaso al siguiente día. No pude comer mucho y disolví los blancos mendrugos en la taza de café.

Un gran barco de pasajeros llegó al puerto, y sus movimientos para atracar me dejaron fascinado. Estaba muy lejos para poder escuchar algo, pero podía ver a los marineros en la cubierta y la espuma del mar relamiendo la quilla, entonces oí el fuerte rugido metálico del ancla lanzada al fondo de la bahía. Más turistas llegaban a Francia. ¿Qué harían ellos ese día? Tome otra taza de café y me dirigí a la Villa Californie.



La famosa cabra en la terraza de Villa la Californie

Por una parte quería ya terminar con todo aquello. Me había comprometido con visitar a Picasso, pero ese día no fue tan divertido como el anterior, es más, no fue nada divertido. Me sentía incómodo y ridículo, pero seguí adelante, conduciendo mecánicamente hacia la villa y sintiendo un poco de náuseas. Llegué a las nueve en punto, pero nuevamente me dijeron que Monsieur Picasso había llegado muy tarde y estaba muy cansado para recibir a nadie. Pregunté si podía intentarlo más tarde. La amable anciana me dijo sonriendo que quizá podría regresar a las once. Le dije que era un periodista americano que había viajado desde los Estados Unidos para ver a Monsieur Picasso. Prometió decírselo y me sentí un poco más animado.

Las dos horas pasaron muy lentamente y no podía concentrarme en los paisajes o las vistas. Cuando finalmente dieron las once, esperanzado, soné nuevamente la campana, pero la anciana me dijo que el maestro estaba exhausto y que había dado órdenes de no recibir a nadie y que, aunque le dijo que un americano deseaba verlo, su respuesta no fue alentadora. Fatiga, demasiado trabajo y demasiada gente.

Regresé abatido a mi auto, y revisé mi situación. Ya casi no tenía dinero, pero si lograba conservar lo que me quedaba y conseguía extraer una comida del poco pan, queso y vino que tenía, era posible permanecer otro día en Cannes. Decidí correr el riesgo e intentar ver a Picasso una vez más. Mañana por la mañana haría el último esfuerzo y mientras tanto tenía que elaborar un nuevo plan. La historia del periodista americano había fallado y se había vuelto ridícula hasta para mí.

Otra larga caminata rompió la monotonía de la espera. Encontré una librería con dibujos de Picasso en el aparador y busqué pistas de cómo abordar a este hombre. Busqué inspiración en todas partes

—en los árboles, en las calles, en los rostros de la gente—. Mi mente hervía con descabelladas fantasías. Encontraría la billetera de Picasso, me lo toparía en al calle, lo atropellaría con mi auto, saltaría la barda con una garrocha y le diría "Bon Jour: Discúlpeme, pero precisaba verle, Je suis JOURNALIST AMERICAN". ¿Viejos encogidos y bellas mujeres clásicas, simios, cupidos y enanos enmascarados mirando lascivamente mujeres desnudas? Me eran profundamente ridículos, cómicos y atrayentes. Tal como yo en mi Hillman-Minx. No podía sacar estas imágenes de mi mente. ¿Serían fantasías articuladas?

Pasé nuevamente la noche frente a la casa de Picasso. No pude dormir mucho. Me despertaba el menor sonido con la esperanza de poder ver a Picasso mirándome al asomarse por la ventana del auto. Traté de desembarazarme de los mosquitos cerrando las ventanillas y fumigando el interior del auto con insecticida, lo cual fue peor que los mosquitos mismos. Mi confiable bolso de ropa sucia sobre mi cabeza me impedía respirar. Decidí que ni el sueño, ni la inspiración, ni nada era posible si permanecía en las afueras de la Villa Californie, por lo que di un paseo en el auto poco antes del amanecer.

Salí de Cannes por el camino de Grasse, todavía estaba oscuro y el aire estaba fresco. Había algo de neblina en las partes bajas de la carretera. Cuando mis limpiadores quitaban la humedad del parabrisas, pude ver la luz del nuevo día atisbar en lo hondo de los valles y en las verdinosas lomas. En cada curva, maravillosos resplandores delineaban la silueta de las colinas. El camino finalmente salía del valle y pude tener una vista hacia lo lejos. Hacia el noreste, había largas nubes con forma de plumas, las más altas en el cielo, sus colores cambiaban constantemente y se tiñeron de naranja con las primeras luces. Más abajo, grandes capas de nubes grises se cernían sobre el horizonte. Al avanzar la mañana, estas nubes se tornaron de un cálido color ámbar. Por un minuto, el cielo se abrió y todo el horizonte se difuminó en el suave tono dorado de las cumbres nevadas de los Alpes.

A las cinco y media, había pasado la parte más bella del amanecer, pero me quedé contemplando por otra hora, fascinado. Por primera vez en tres días me había olvidado por completo de los problemas para ver a Picasso. Fui a una pequeña cafetería y tomé una gran taza de café con leche, medio pensando en lo que haría ese día, medio pensando todavía en el espectáculo que acababa de presenciar. El delicioso café francés tostado suavizado por leche caliente, después del primer sorbo perfecto, dio la escena: los primeros elementos de un plan nacían, un excitante, inverosímil y perfecto plan descabellado. Escribiría una carta ilustrada a Picasso en donde le haría mi petición con dibujos.

Sabía que Picasso tenía un gran sentido del humor. Estaba en sus dibujos. Si podía hacerlo reír y apelar a su sentido del ridículo -la temeridad de acercarme a un hombre que consideraba un gran artista con mis dibujos- quizá funcionaría. Inmediatamente hice un primer bosquejo, pero mi francés no era suficiente para la tarea, necesitaba un traductor, por lo que tomé el auto y fui a Villauris.

Demasiado café? Demasiado plan? Casi me mato por conducir demasiado rápido. El museo estaba abierto y fui con la chica de los perfumes, pero resultó que su inglés no iba mucho más allá de "¿Le gusta este perfume?". Sin embargo, entre los dos pudimos traducir la carta. A la gente en museo le dio curiosidad y pronto todos estaban participando. En poco tiempo estaba rodeado de hermosas chicas que hacían sugerencias y que me decían cosas que no podía entender. El propietario me devolvió mis 100 francos por que dijo que no le podía cobrar a la prensa. Se armó la fiesta y cuando me fui todos me desearon suerte y me despidieron con besos, abrazos y apretones de mano.

Con un café y solo, ilustré la traducción francesa de:

Julio 28, 1955

Querido Señor Picasso:

Soy un estudiante de la Universidad de Columbia y este verano trabajo por mi cuenta como periodista.

Se que usted está muy ocupado, pero mi barba crece día con día mientras, dentro de mi auto, espero poderlo ver. Pronto me veré como Moisés. Si me permite tomar algunas fotos a color, entonces podré ir a Florencia donde tengo dinero para ir al barbero. Mantengo la esperanza.

Fred Baldwin

28 juillet, 1955
Cher Monsieur Picasso.

Je suis un étudiant à l'Université de Columbia et cet été je suis un journaliste indépendant. Je sais que vous êtes très occupé mais je suis ici dans ma voiture et chaque jour qui passe sans que vous me receviez, ma barbe poussera de plus en plus longue.



Je ressemblerai bientôt à Moïse :
Si vous m'autorisez à prendre
quelques photographies couleurs,



Je pourrai partir à Florence ou
J'ai mon pécule pour couper ma barbe.

Avec l'espoir que j'ai,

Fred Baldwin



La intensa emoción despejó todas mis dudas pero la sensación de miedo permanecía en mi estómago cuando estacioné mi auto a las 10 de la mañana frente a la villa y saqué mi cámara, cargué la Rolleiflex con película de color. Revisaba todo una y otra vez, convencido de que algo se me olvidaba. Mis bolsillos parecían estar atiborrados de cosas que se caían y que volvía a meter, el pañuelo, las llaves, monedas y dinero francés que metía en el fondo del bolsillo del pantalón. Me colgué la cámara al hombro, tomé mi diario, el libro de Picasso y dos pósteres que había comprado en París. Me preparé para el asalto final. Le di un buen tirón a la campana y esperé lo mejor. En un minuto la anciana vino a la puerta y le di la carta para que se la diera a Monsieur Picasso.

Mientras esperaba, el cartero llegó y también varias personas. Esto era una buena señal. En unos cuantos minutos, una joven abrió la puerta, echó un vistazo y todo el mundo comenzó a hablar, excepto yo, que no sabía que decir aunque hubiera sabido cómo decirlo. Ella era muy atractiva, su cabello blanqueado por el sol le llegaba a los hombros. Me pregunté quien sería, quizá sería la esposa, la amante o algo así, de Picasso.

La joven miró alrededor de nuevo y preguntó:

-“¿Quién es el americano?”

-“Ou, oui, c’est moi”, y crucé la puerta, en camino hacia la casa antes de darme que cuenta de que finalmente lo había logrado.

La chica y yo entramos, estaba fresco. Las persianas estaban cerradas y no había muebles, solo grandes cajones de madera, apilados, que contenían esculturas y algunos otros pinturas. El vestíbulo funcionaba como bodega, y conducía a una habitación muy luminada que tenía altas puertas estilo francés, y que llevaban a un jardín.

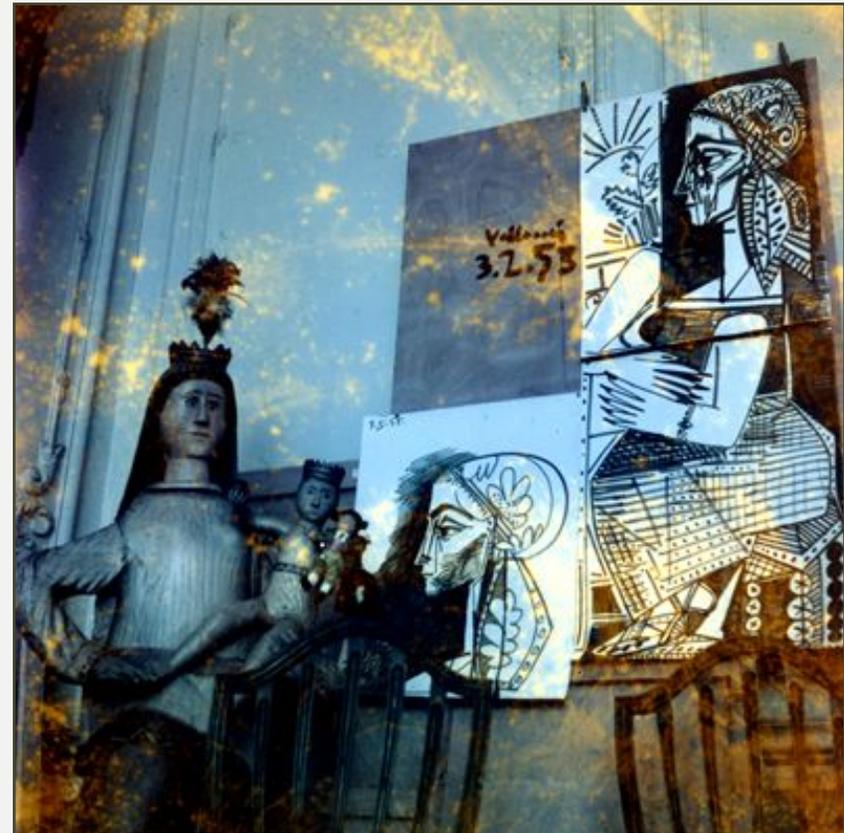


Monsieur Guingot-Nolaire fumando mientras Maya, la hija de Picasso, juega con el bóxer

Los blancos muros estaban decorados con detalles de uvas, hojas, flores y espirales de yeso estilo rococó francés. Era el tipo de casa que uno esperaría que fuera propiedad de algún industrial francés o millonario americano. Había una elaborada chimenea de mármol bajo un espejo empotrado en la pared, enmarcado por dos delgadas columnas envueltas en hojas hechas de yeso, de por lo menos tres metros de alto, que llegaba hasta el techo. Los muebles, sin embargo, contrastaban con la arquitectura. En una esquina había una mesa de madera sin pintar sobre la que había docenas de figuras talladas apiladas como si fueran leña.



Los tesoros se acumulaban en el piso de abajo



Retratos de Jacqueline

Habían más figuras bajo la mesa, extrañas esculturas africanas, muñecas de madera, algunas de pie y otras enterradas bajo montones de figuras animales, máscaras primitivas envueltas en papel de estraza, jarrones y hasta un frasco de tinta vacío sin tapa. A primera vista, esta parte de la habitación parecía un ruinoso bazar.

En una habitación contigua a la derecha, estaba Picasso, sentado frente una mesa redonda conversando con un hombre. Vestía unos desteñidos shorts azules y sandalias de cuero. Nada más. Picasso estaba muy bronceado, de la punta de la calva hasta los dedos de los pies, salvo lo que quedaba de la cana cabellera y algunos blancos mechones en el pecho. Su piel tenía finas arrugas en las articulaciones, pero no se le colgaba. A sus 74 años de edad, el viejo Picasso tenía el espíritu de un hombre de 50 años.

Se inclinaba hacia delante al hablar. Su voz era suave pero clara y movía las manos y la cara. Los cientos de pequeñas arrugas conferían a sus ojos intensidad y movimiento, y cambiaban su expresión conforme avanzaba la conversación. Tenía una mirada esquiva, pero al ver fijamente era tan imponente como el lente de una cámara. Cuando su acompañante, Monsieur Guingot-Nolaire hablaba, se reclinaba en su asiento cruzando las piernas. Miraron el libro y Picasso se puso unos anteojos con marco tallado en hueso. En pocos minutos su conversación terminó, y Picasso se levantó, se quitó los anteojos, y echo un vistazo alrededor.

Me vio inmediatamente, y me preguntó dónde estaba mi barba. Le expliqué que era una especie de barba imaginaria, por que mi barba real no era muy abundante, y esto era todo lo que podía hacerla crecer en tres días. Rió y me dijo que podía tomar cuantas fotos quisiera. Entonces volvió a la mesa con otro hombre, y comenzó a discutir sobre el libro que había estado viendo antes. Este resultó ser Monsieur Ilizzard, un viejo amigo de Picasso que publicaba un poema sobre un niño que había fallecido hacía varios años. Mientras tanto, Picasso ilustraba el libro con dibujos a líneas de caballos.



Los ojos de Picasso podían ser tan intransigentes como el lente de una cámara



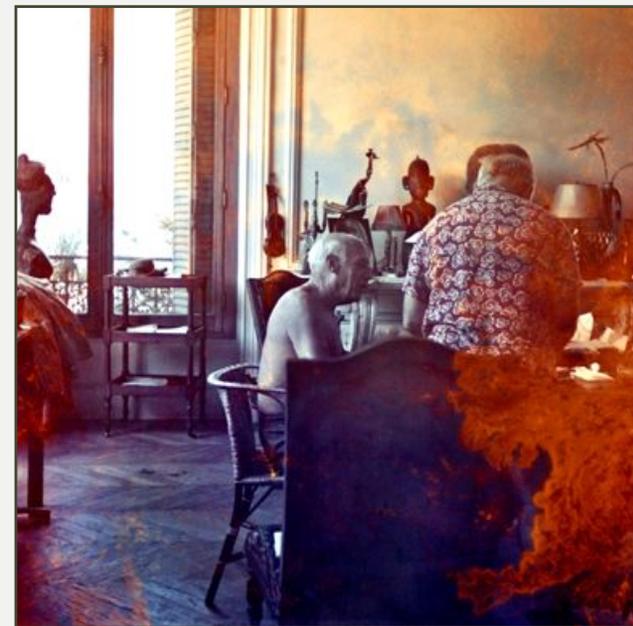
Monsieur Illizzard discute con Picasso sobre el libro



Picasso fumando

Mientras tanto, yo tomaba fotografías, tratando de molestar a Picasso lo menos posible. Tenía problemas con el flash, y respiré aliviado cuando Picasso fue a la otra habitación, que estaba mucho mejor iluminada.

Se sentó en una sillita de mimbre y todos se levantaron, ofreciéndole un asiento más cómodo. Comencé a quitar mi equipo del sillón, pero me dijeron que lo dejara ahí. Todos estaban de buen humor, el grupo giraba alrededor de Picasso, pero él se encontraba muy relajado. Picasso se levantó, buscando fuego para un cigarrillo que finalmente encendió Monsieur Illizard. Cuando se sentó nuevamente, conversó amablemente con todos, usando un cenicero en forma de llanta Michelin.



Picasso revisa sus ilustraciones de caballos para el libro de Monsieur Illizard



Monsieur Guingot-Nolaire y Picasso



Picasso, Monsieur Guingot-Nolaire y Maya



Monsieur Illizard se apresura a encender el cigarrillo de Picasso

Maya jugaba con una perrita boxer, tirándole un hueso de goma. Picasso se divertía viéndola correr tras el hueso. La conversación se detuvo por un momento y todos miraban. Comenzó nuevamente, cuando Picasso leyó en voz alta una carta de una admiradora desconocida. La leyó con humor pero sin burlarse. Todo el mundo rió, ya que la carta era en extremo íntima en un modo muy halagador para Picasso. Maya me dijo que Picasso a menudo recibía esta clase de cartas de mujeres que lo hallaban irresistible.

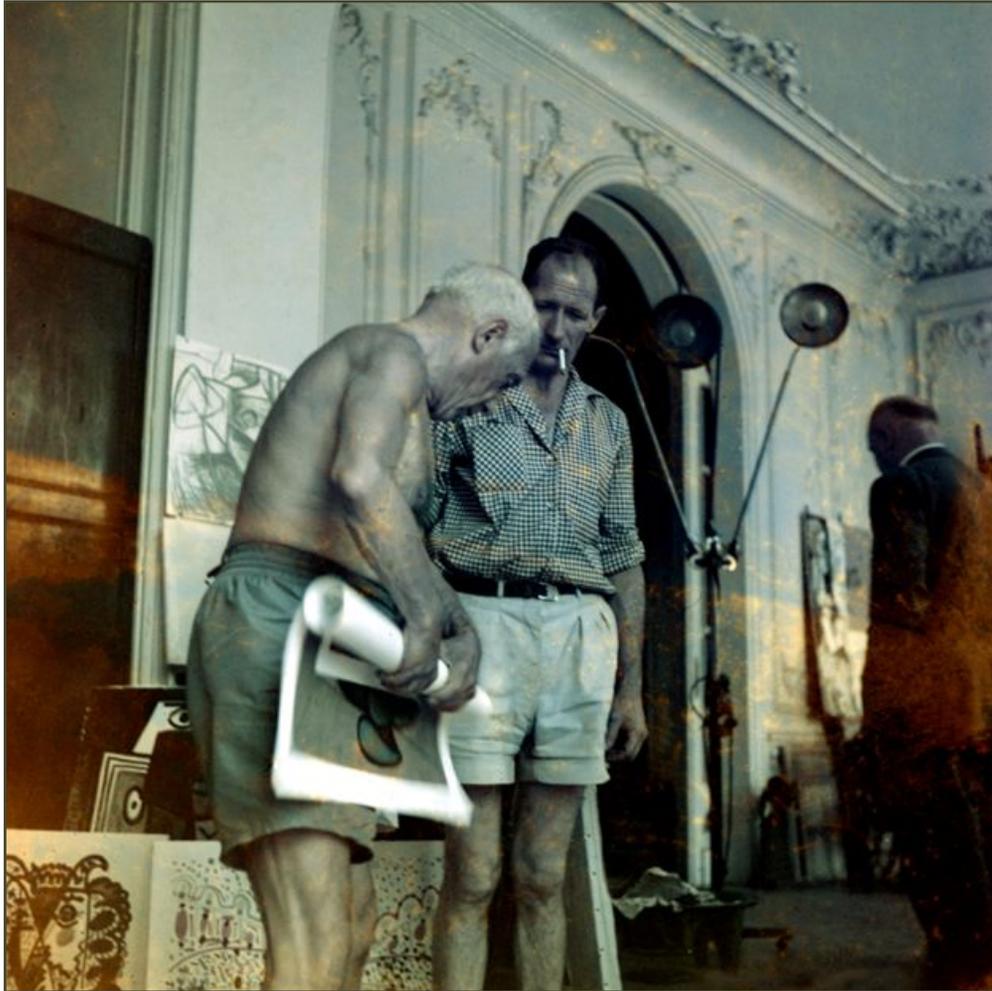


Maya, y el bóxer



Monsieur Guingot-Nolaire, y su esposa Jacqueline fumando, Picasso y Maya

Yo había traído una edición suiza del libro de artes gráficas de Picasso, esperando me lo autografiara y él lo vio junto a mi equipo de fotografía. Lo miró como si no hubiera visto ese edición en particular. Maya señaló y marcó todos los dibujos hechos de su madre, y Picasso me firmó el libro y los pósteres que traje de París. Mientras él hacía esto, coloqué la Rolleiflex en un brazo de la silla, ya que no tenía un trípode, y preparé el disparador automático. El disparador tardaba diez segundos, y yo estaba nervioso por que la cámara no fuera a caer de la silla antes de que tomara una foto mia platicando con el. La conversación no tenía sentido, pero eso no pareció molestarle.



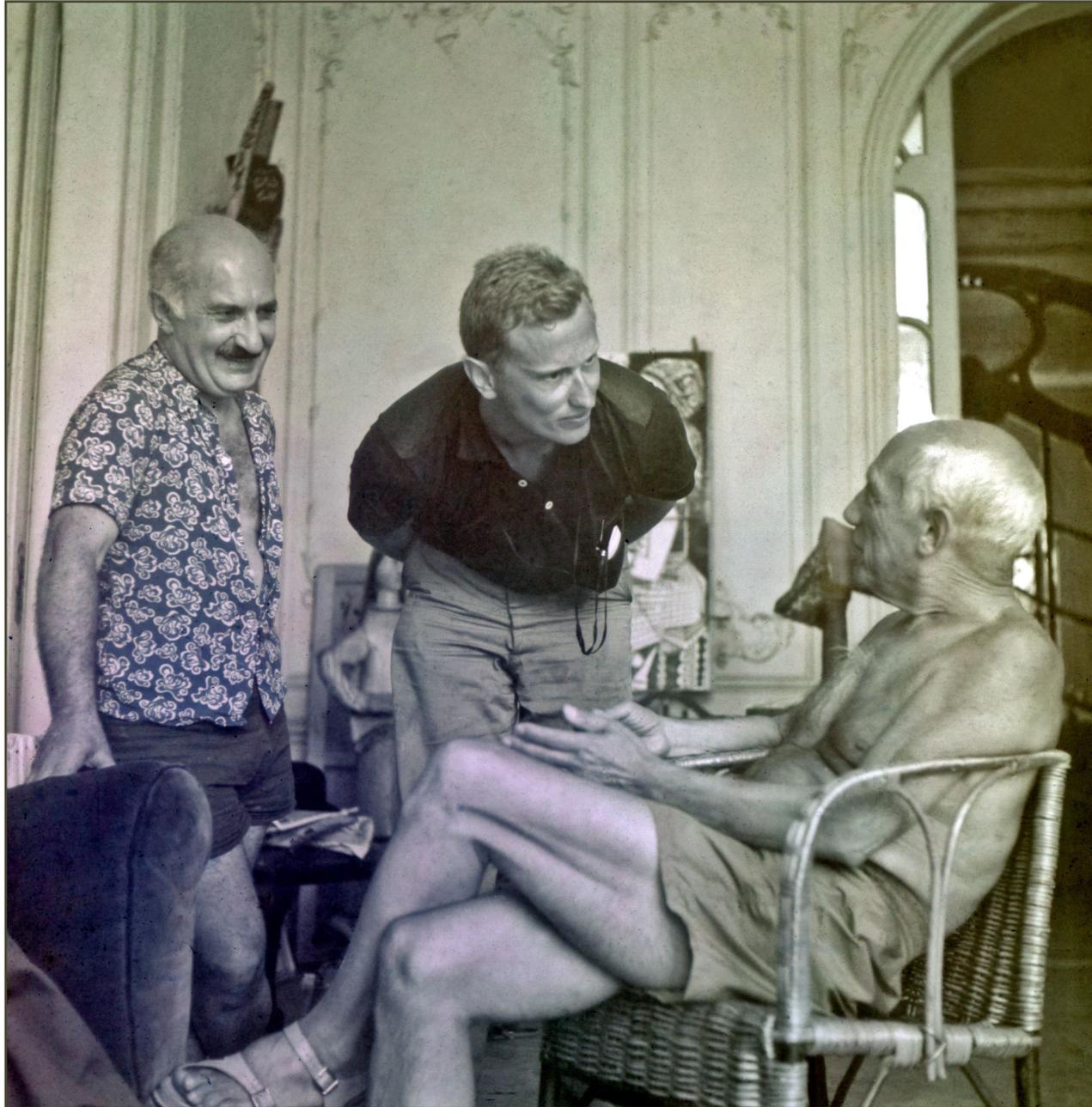
Picasso con un invitado desconocido



Picasso, Monsieur Illizard, Polly Weil y el invitado



Picasso reúne carteles, la versión grande de uno de ellos, la traje de París para que me lo firmara.



Monsieur Illizzard y Fred Baldwin durante una platica de 10 segundos con Picasso

Más gente llegó y Picasso se levantó para saludarlos. Uno de los recién llegados era Polly Weil, una joven norteamericana de San Luis. Polly estaba tan azorada por ver a Picasso como yo. Ella había llegado desde París con una agenda llena de direcciones de amigos. Uno de ellos resultó ser una muchacha que trabajaba en una galería de arte y por ella conoció a un joven español, Javier Vilató Ruiz. Como a Polly le interesaba la pintura, el trío visitó muchas galerías. Vilató supo que Polly iba a visitar Cannes y le preguntó si le gustaría visitar a un tío de él que vivía allí. Polly dijo que probablemente estaría muy ocupada. Después, durante la cena en casa de Vilató, Polly



Pinturas y lámparas para la película de Picasso



Festín creativo en la Villa la Californie

comentó lo interesante que era el diseño de la vajilla. El tío de Vukató la había diseñado, "le gusta hacer esas cosas". A Polly le parecieron muy lindos los diseños y le preguntó si los vendía. Vilató dijo, "lo haría, si la gente los comprara". Después de la cena, Vilató le preguntó si podría llevarle un grabado a su tío. Polly sabía que su visita a Cannes sería breve, pero Vilató había sido tan amable que ella finalmente accedió. Vilató empaquetó el grabado y le escribió una carta de presentación. Ella estaba asombradísima al ver que la carta estaba dirigida a Pablo Picasso. Después de conocer a Picasso, Polly curioseó un poco confundida, sin todavía poder creer que realmente estaba en su estudio.



Montón de basura de un millón de dólares

Después, Picasso estaba muy ocupado y comencé a tomar fotos del estudio. Era difícil saber que era el estudio y que no. En una esquina, encima de un montón de papeles arrugados, algunos con bosquejos, había un viejo sombrero. En otra esquina, había lámparas de estudio fotográfico. Maya explicó que su padre estaba filmando una película. El pintaba en una pantalla de seda iluminada por las lámparas lo que permitía filmar cada brochazo sin poder verlo a él, dando el efecto de una pintura pintándose por sí misma.

Maya me dijo que vivir en Villa Californie era como vivir en una estación de tren. La gente iba y venía constantemente, tanto los que tenían algo que hacer allí, como los que no. Maya dijo que su padre no siempre estaba con tan buena disposición, y que ella ya estaba impacientándose, por que ya era la hora del almuerzo y las visitas no se retiraban todavía.

Obviamente era hora de irse, y me ofrecí llevar a Monsieur Ilizzard a su casa. Fuimos los últimos en irnos, y Picasso nos despidió amablemente. En el camino de regreso, Ilizzard me comentó: "Fuiste muy afortunado al poder ver a Picasso". Estuve de acuerdo. "Al parecer este fue uno de sus días buenos". Paramos por cigarrillos y compré una postal. Esta fue fácil de escribir.

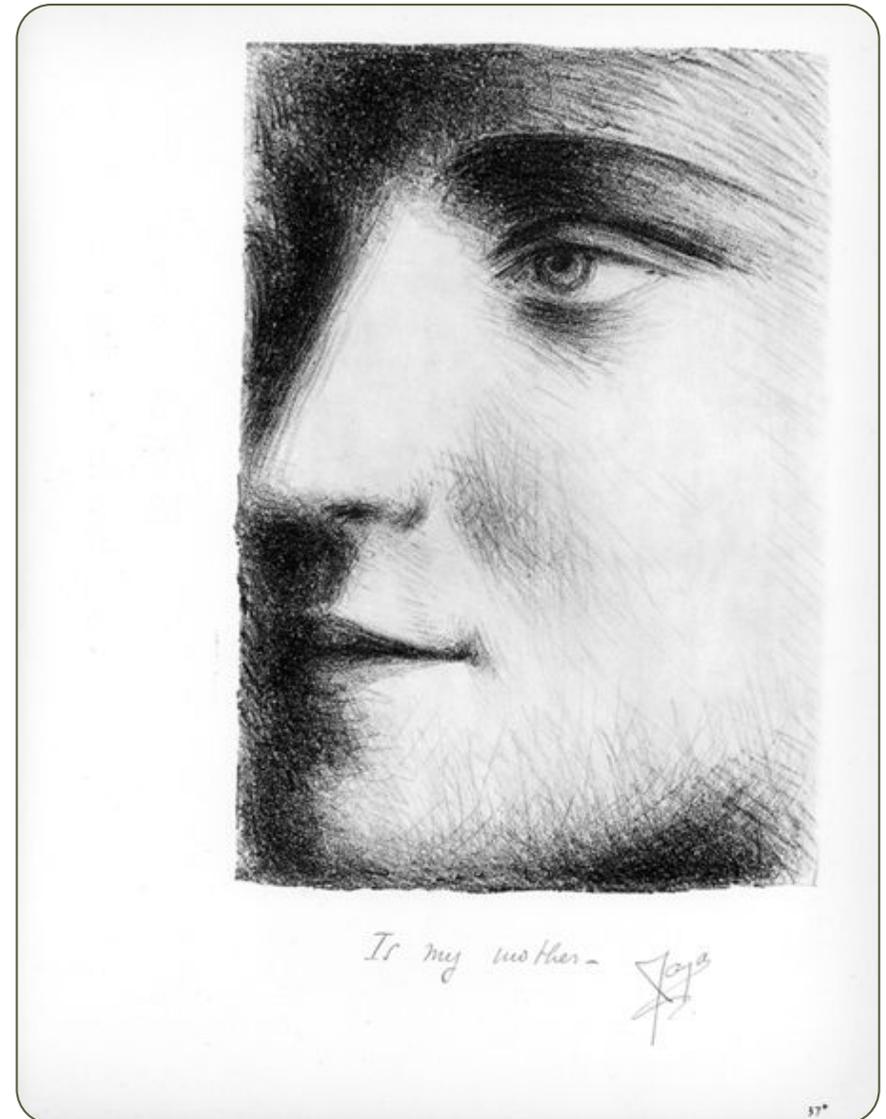
Querida Madre:

Estoy en Cannes pasándola de maravilla.

Estuve toda la mañana con Picasso.

Podría usar algo de dinero.

Te quiere F.



Retrato de la madre de Maya, la hija de Picasso

Epilógo

El texto anterior fue extraído del diario que escribí durante el verano de 1955. Había terminado mi tercer año en el Columbia College de Nueva York, y me fui a Europa para hacer todas las cosas que pensé que nunca podría hacer de nuevo. No era fotógrafo aún y le pedí prestada a un amigo su cámara Rolleiflex para tomar esas fotos. No tenía un exposímetro y usé una película Anschrome. No tenía experiencia alguna. Las inestables transparencias Anschrome se decoloraron y me había olvidado de ellas, hasta que las redescubrí en Agosto del 2005. Las digitalicé para ver que podía ser recuperable. Los resultados me asombraron. Me gustó la apariencia desgastada de las imágenes mucho más que las originales.

El manuscrito original también se había extraviado, pero la experiencia era sumamente importante en mi vida. Cuando finalmente lo encontré, temía leerlo, avergonzado por las posibles fallas propias de la juventud. La historia, con su esencia sólida, me ha ayudado a través de los años. Así como los árboles sin follaje en el invierno, tiene vida aún cuando los detalles se han ido desprendiendo con el tiempo. Como maestro, es una buena manera de dar ánimo a mis alumnos y también es un tema de reserva, una historia que contar durante las cenas en que uno se queda sin conversación. También ha sido un mantra- mi filosofía sobre los logros, el compromiso y las posibilidades creativas. Cuando empecé a trabajar en el diario, la escritura se tornó interesante. Mientras la escribo, revivo en cada línea aquellos tres días de hace 52 años.

Hace mucho tiempo que pensé que extraviar la imágenes de Picasso no tenía importancia, ya que nada podía compararse con la memoria de la experiencia. Los artilugios empleados en aquella ocasión, todavía parecen insignificantes comparados con las decisiones que

tomé durante los tres días de asalto a la privacidad de Picasso, y el impacto que tuvieron en mi vida. Estimuló enormemente mi vida y mi carrera, y afectó el curso que habría de seguir después de terminar la universidad.

No fue difícil decidir después de esto, que deseaba repetir la experiencia con Picasso profesionalmente. También quería tener el control de mis horas de trabajo. Como consecuencia, nunca tuve un trabajo en el que no tomara mis propias decisiones. Esta actitud me ha traído problemas con mi familia, en especial con mi hermano, seis años mayor y un exitoso empresario, quien tomó otro camino, y que por largo tiempo me consideró un irresponsable e inmaduro trotamundos. De algún modo ello estaba justificado, ya que no podía permitirme el estilo de vida que se deseaba para mi.

Ahora, repentinamente, después de 52 años de haberlas tomado, las imágenes de Picasso reaparecen, junto con un detallado recordatorio en forma escrita.

Es un asombroso relato ilustrado de exitosa auto-motivación, sobre las mágicas propiedades de la buena suerte, la amabilidad, el humor, el arte y la generosidad, sin mencionar las propiedades benéficas de la belleza de la naturaleza, el agua fresca y también porque no, démosle un poco de crédito a los mosquitos.

Frederick Baldwin
f.baldwin@worldnet.att.net

